

Badajoz, éste inaugurado en 1995. El primero en la región de origen⁶ no se habilitó hasta 2001; me refiero al Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires, instituido sobre la base de la Colección Costantini. Aún éste, especializado geográficamente, podría circunscribirse aún más, ya que el coleccionista Eduardo Costantini privilegió a los artistas más destacados de las vanguardias de cada país.

La proliferación de museos de arte contemporáneo en España es notable, aunque la competencia con los centros establecidos en las grandes ciudades, Madrid, Barcelona y Valencia, sea imposible de encarar seriamente. En parte por ello, la especialización se agudiza todavía más, como en el recientemente inaugurado Museo de Arte Contemporáneo Español en el Patio Herreriano de Valladolid, donde las carencias y posibilidades de este tipo de instituciones de cara al futuro quedan ejemplificadas claramente: el área de las vanguardias del 20 es sumamente pobre y casi podría decirse que no se justifica en el lugar tan cercano a Madrid donde pueden verse, en la materia, las inigualables salas del Reina Sofía y el Thyssen.

Sin embargo, a medida de que se avanza en el siglo, la calidad de las obras expuestas se eleva ostensiblemente y eso se ve ya en la sala 2, con una excelente representación de Alberto Sánchez y Ángel Ferrant, aunque flaquee con Miró y Julio González. Sin duda, el Fondo Ángel Ferrant, expuesto en una sala individual, constituye uno de los puntos más altos de este museo, así como las tres últimas salas, es decir el arte de los setenta y ochenta.

Porque otro de los factores que influye en la especialización de una colección permanente es la disponibilidad en el mercado de obras de los autores o corrientes que se quiera representar. En este terreno, por más que se contara con un presupuesto ilimitado, la realidad de la oferta también terminaría poniendo límites al proyecto; por eso, considerando que el Museo de A. C. E de Valladolid es una *work in process*, en el sentido de que la adaptación del Patio Herreriano ha dejado muchas salas disponibles para ser habilitadas en el futuro, sería aconsejable que se concentraran los esfuerzos en la producción plástica española posterior a la Guerra Civil, banda cronológica en la que todavía pueden encontrarse verdaderas obras maestras.

Más especializado es Museo de Arte Abstracto de Cuenca, creado por el hispano-filipino Eduardo Zóbel, dedicado a conservar y exponer la obra de los integrantes del Grupo Cuenca, aunque incorpore, por abstractos,

⁶ Existía previamente un Museo de Arte Latinoamericano en Maldonado, Uruguay, cerca del balneario de Punta del Este, pero de entidad no comparable.

también a miembros del Grupo El Paso. O el Malpartida de Cáceres, dedicado al Grupo Fluxus y creado por uno de sus miembros, Wolf Vostell. Ambas son iniciativas privadas, lo que podría hacer pensar que la dedicación a un grupo o tendencia estética se debe a las limitaciones financieras para desarrollar proyectos más ambiciosos, sin embargo no parece ser así.

La vocación de esos dos artistas, ambos extranjeros radicados definitiva o temporariamente en España, parece haber sido reunir en un lugar determinado afectivamente, el producto de una propuesta estética de la que fueron parte. Así como en Estados Unidos, para investigar aspectos de la literatura o el arte latinoamericano hay que ir a la Universidad de Austin, estos museos tan especializados no sólo son un atractivo para los gustadores de arte, sino para los investigadores. Si la parte expositiva se completa con una buena sección documental, se estará frente a una institución que puede prestar muchos servicios en el camino a un mayor conocimiento del arte contemporáneo.

Unipersonales y mono-obra

Por supuesto, la posibilidad de constituir museos unipersonales es más viable en la medida de que la encaren el propio artista o sus herederos. Han proliferado los museos Picasso, tanto en España como en Francia, pero son pocos los creadores que han dejado una obra de tales dimensiones que habilite que, por ejemplo, en una misma ciudad, haya dos instituciones dedicadas a su memoria: en Málaga existe el Museo Casa Natal de Pablo Picasso –dependiente de la Alcaldía– y el Museo Provincial Picasso, patrocinado por los nietos del artistas.

La Riviera francesa, tal vez porque fue el lugar de retiro elegido por muchos de las artistas de las vanguardias históricas, presenta en un radio muy pequeño –de Cannes a Niza– una suerte de muestrario de los distintos tipos de museo de arte que se generalizaran a fines del siglo XX. En la última ciudad está el Museo de Arte Moderno y Contemporáneo, que si bien no dice francés en su título, se dedica especialmente a éste y más específicamente a la generación de creadores galos más activos durante la década de los sesenta: Ives Klemm, Niky de Saint-Falle, César, etc.

Ya en las afueras de Niza, muy cerca uno del otro, se han instalado dos museos unipersonales, producto del pago de contribuciones al Estado francés de los descendientes de los artistas pero, pese al mismo origen, con resultados muy diferentes. El Museo Chagall evidencia cierta falta de cuidado en la selección de las obras, entre otras cosas porque se trata de pin-

turas del mismo período y muy semejantes unas a otras; es decir que su recorrido, más allá del placer que pueda ocasionarle al visitante la obra de este pintor, no le aportará demasiado a su conocimiento.

En cambio, el Museo Matisse, instalado en un edificio neoclásico ubicado frente al Hotel Regina, donde el artista vivió períodos en la Riviera –algunas guías dicen que también habitó la casa principal del museo, pero esto es poco probable– denota, por los trabajos realizados para su adecuación y por la calidad de las obras expuestas, una gran dedicación, tanto del Estado francés como de los donantes. A principios de los noventa se construyó un museo subterráneo, al que se accede por una rampa que parte del jardín, pero que está hábilmente disimulada en el paisaje para no provocar polución visual, y que termina en el interior de la casa, donde concluye la visita.

Las obras expuestas pertenecen a distintos períodos y técnicas –papeles, pinturas, esculturas: una excelente serie de cabezas– además de exponerse algunas curiosidades que pertenecieron al pintor. Aunque la casa no lo haya albergado nunca, la presencia de muebles, adornos y láminas que convivieron con Matisse, da al final de la visita un tono íntimo que el visitante agradece.

Como se sabe, la salud de Matisse fue muy quebradiza e incluso sufrió de un cáncer de intestino al que sobrevivió, milagrosamente para la época, casi veinte años. Por esta razón estuvo muchas veces hospitalizado, algunas de ellas en Niza. Allí lo atendió una monjita que luego fue trasladada a Vence, unos kilómetros más al norte, subiendo la sierras. Ella fue la que pidió al artista que restaurase y redecorara la Capilla del Rosario, que es hoy un punto de peregrinación para los amantes del arte de vanguardia. Lamentablemente, esa devoción pagana no es bien vista por las actuales monjitas, que ponen toda suerte de obstáculos para las visitas⁷ por lo que hay que atenerse a sus rígidos designios, si se quiere disfrutar de esa maravilla.

Matisse realizó un vitral, un mural de azulejos y toda la discreta decoración interior, pero también diseñó los objetos del culto, atriles, candelabros, cálices, y hasta la ropa ceremonial del sacerdote, por lo que se aconseja asistir a misa, pero convenientemente vestido, ya que presencié la despiadada expulsión de un «feligrés» porque cargaba su mochila.

Un poco al sur de Vence está San Paul, donde existe una suerte de museo privado, creado por los marchantes parisinos Marguerite y Aimé Maeght,

⁷ Sólo se admiten visitas los martes y jueves de 10 a 11.30 y de 14.30 a 17.30 hs.

la Fundación del mismo nombre. Allí el criterio de selección ha sido muy explícito: se exhibe obra de los artistas que los Maeght representaron pero seleccionada con exigencia: Bracque, Calder, Chillida, Giacometti, Léger, Miró, y muchas de las obras fueron hechas especialmente para el lugar en que está emplazadas, jardines, escaleras, etc.

Un poco hacia el oeste, en la pequeña ciudad de Biot se encuentra el Museo Léger, cuya característica especial no son los óleos del artista, aunque hay unos cuantos e importantes, sino la obra que algunos consideran marginal y que en Léger fue consustancial a su concepción estética: las cerámicas y los vitrales. Éstos están representados no sólo por algunas obras terminadas y montadas, sino por los diseños y fotografías de los que están emplazados por el mundo. También pueden verse escenografías y vestuarios con los que colaboró para el teatro hablado y el ballet.

Hacia el sur, casi en la punta de una península que se interna en el Mediterráneo, está el Chateau Grimaldi, una de posesiones de la familia monegasca en el sur de Francia, adonde fue invitado Pablo Picasso para permanecer y trabajar durante todo el año 1946⁸. Allí se ha creado un Museo Picasso que atesora, justamente, parte de la obra, de la inmensa obra, que el artista realizó durante ese período de doce meses.

Podríamos pensar que con el Museo Picasso de Antibes, hemos llegado al colmo de la especialización —la obra de sólo un año de un solo artista— pero no; unos kilómetros al noroeste se encuentra Vallauris, una localidad famosa por sus ceramistas; allí concurrió Picasso en los cuarenta a cultivar esa técnica. Cuenta la tradición que festejaba su cumpleaños setenta en esa ciudad, cuando le comentaron que una capilla románica local debía ser restaurada. Él se ofreció a hacerlo, sorprendiendo a los comensales que conocían su mentado ateísmo.

El producto es muy esclarecedor de su religiosidad; toda la capilla es una obra, llamada *La guerra y la paz*, que puede en algún sentido considerarse la hermana ideológica del *Guernica*. Imagino que, cuando se analizó la ubicación definitiva de esta obra, que Picasso había visualizado en el Museo del Prado seguramente porque no existía el Museo Centro de Arte Reina Sofía, debe haberse evaluado la posibilidad de destinar un edificio a esta única obra, con sus trabajos preparatorios, estudios, etc. Sin embargo, se optó por la localización actual que creo es la adecuada, ya que con su atractivo icónico sirve de publicidad para el resto de la colección permanente del Reina Sofía.

⁸ Siento este museo muy estrechamente ligado a mí, que adoro la obra de Picasso y fui anotada ese año (aunque obviamente, nací muchísimo después).

Pero, con el caso de *La guerra y la paz*, o la Capilla del Rosario de Matisse⁹ ¿hemos llegado al paroxismo de la especialización? ¿Lo es un museo de una sola obra? Nunca se sabe.

Un poco al norte de Cannes, en el camino a la perfumada Grasse, está el Espacio de Arte Concreto de Mouans-Satoux, creado con la colección de Sybil Alber-Barrier, quien en realidad acumuló cuatrocientas piezas minimalistas, conceptuales y concretas. La característica de este museo –que, como vemos, no es tan especializado como los mencionados antes– es que, tres veces por año, las piezas son cambiadas, no sólo de lugar, sino renovadas, guardadas unas y exhibidas otras, que estaban en la reserva técnica. Posiblemente esto no sólo se deba a una exigencia del espacio, sino a la necesidad de crear nuevos centros de interés para que el museo vuelva a ser visitado.

Porque ése es el dilema de la superespecialización, exactamente contraria al de los museos enciclopédicos: éstos son imposibles de recorrer de una vez, pero interesantes para ser revisitados en múltiples oportunidades. Los más especializados son muy aprehensibles y dan lugar a que uno se detenga en cada obra, pero no siempre generan la necesidad de volver. Por eso, cada vez más, los museos dedican grandes superficies a muestras temporales y reducen las áreas de exhibición de la colección permanente. El Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo, por ejemplo, tiene 4800 metros cuadrados dedicados a la oferta transitoria y 1369, a la permanente.

⁹ Existen otras capillas en la zona, como la Chapelle de St. Pierre, en Villefranche sur Mer, pintada por Cocteau, pero que no pueden considerarse una obra de arte en sí mismas como las de Matisse o Picasso.